

Cuatro vueltas

en los ochenta mundos de la mujer

La lectura del libro de Cortázar crea expectativas. Pensamos que ser contradictorio es un derecho. A lo mejor lo es. Se puede pensar que los ochenta mundos de las mujeres están llenos de contradicciones. Y es cierto. ¿Sabemos claramente lo que queremos? ¿Somos mejores? ¿Peores? ¿Felices? ¿Infelices?

De la hoja de parra al miriñaque. Del miriñaque a la minifalda. Por fuera todo va bien. ¿Y por dentro qué pasa? ¿Qué distancia existe entre Eva y las Claudias y las Mónicas? Eva debió lanzar un mimoso chillido cuando vio a la serpiente. Las Evas de hoy acompañan las autodeterminaciones con sentimientos de culpa y esperanza que la iniciativa sentimental parta de "ellos".

Cada mujer es un caso. . . sigamos a cuatro de ellas.

La mujer hormiga. Antes de salir repasa el aire con sus ojitos vivaces. Acomoda los últimos papeles. Saca la cartera de un cajón del escritorio.

Sale dando un portazo. Toma el ascensor. En el hall pasa revista a su silueta. Corre un micro que pasa. Se hace flaca y logra subir. Tiene 20 minutos hasta su casa. 20 minutos para ordenarse interiormente. Son las 13,40. A las 2 llega su marido. Lo primero es sacar las cosas de la heladera. En dos segundos estirará la cama. La sopa era de la noche anterior. Las milanesas las freía cuando sonaba el timbre. El pan se lo compraba la portera y salía ganando porque no tenía chicos. Casi siempre le daba de más. Por la tarde, mientras Jorge hacía la siesta se arreglaría un vestido del otro año. Tenía una reunión de parientes y quería estar bien. Los sábados y domingos teje en la máquina. Por ahora no quería niños. La rutina no la molesta. Hacía todos los días lo mismo. Como si tuviera el caminito hecho.

La mujer gorrión. Abre el departamento. Con tres saltitos se calza los patines para no arruinar el piso. Son las seis de la tarde. Las clases la de-

jan rendida. Vive con lo justo. Si hicieran cuatro comidas como otros no les alcanzaría. Enrique tiene un puesto en el Ministerio. Llega a las ocho. Come cualquier cosa en el Ministerio. Ella pica algo cuando lleva a los chicos. Su madre les daba de almorzar y los tenía toda la tarde. El café con leche abundante antes de traerlos, les duraba hasta el día siguiente. Por la noche ella y Enrique se arreglan. Habían pensado tener una muchacha. Pero lo que no se hace hoy no se hace mañana. Es mucha plata. No pueden ponerse en otros gastos. Su hermana soltera le suele dar una mano. La vida transcurre así sin tropiezos. Pero depende de una serie de circunstancias que son de otras vidas.

La mujer mariposa. Silvia es como es. Para ella la emancipación, la igualdad, los derechos y las conquistas de su sexo, son muy bonitas, cosas muy necesarias, que vienen con la civilización. Es muy noble luchar por ellos. Por la mañana había ido a la peluquería. Con los compromisos de ella y de su marido no le queda casi tiempo. Nunca entendió cómo se las arreglaban para estar presentables, las que trabajaban fuera de la casa. Muchas veces había pensado en ayudar a Jorge ahora que la vida estaba tan cara... pero aparecer cansada, con rulos, sin hacerse los ojos... le aterraba. Esa tarde tenía una conferencia sobre los derechos de la mujer. Quería estar mona. Aplaudiría hasta rabiarse. Porque la verdad es que los hombres tienen un poco olvidadas a las mujeres. Y se creen unos dioses. Sonó el teléfono... ¿Silvia? ¿Vas a casa de Graciela esta noche?... Bueno... Sí... a la conferencia iría otro día. No podía dejar de estar bien. Cuando se cansa le aparecen ojeras. Silvia entiende que hay que luchar para conseguir las cosas. Pero eso no es para ella. Si la necesitaban para un comité de recepción que le avisaran. Sabía agradecer y eso es necesario.

La mujer... Su departamento reluce. Más tarde comprará fruta en el puesto de la esquina. Comprará también flores. Sus tres hijos estudian. Dos en el secundario. La nena terminaba sexto grado. Su marido vuelve a las siete. Es directivo de una empresa. La vida se le había ido volando. Es feliz a su manera. Es culta y hábil. Siempre pensó que los tiempos libres que le quedan, los pudo haber llenado de otra manera. Ahora que los chicos son grandes se está dando cuenta. Hubiera sido mejor que en algunas cosas se arreglaran solos. Y no con tanto mimo. Cuando miraba su diploma de profesora de letras, sentía nostalgia. ¡Pero qué iba a hacer! ¡Su marido la necesitaba tanto! Cada vez que le habían ofrecido cátedras había dicho que no. ¡Cuánto hacía que no leía! Hoy tendría que tomar los libros de nuevo.

A ella es difícil buscarle un nombre. Las flores, los insectos, los pájaros, no saben resignarse... equivocada o no, la resignación tiene sólo un precio: el amor; y Eva le conoce todas las formas.

Las cuatro mujeres de las cuatro historias son cuatro mujeres comunes. Pertenecen a la clase media. Para las mujeres que no tienen obligaciones fuera de su casa, las dos primeras son las llamadas emancipadas. Salen todos los días. No tienen la casa como rutina. Tienen amigos personales. Disponen de un presupuesto propio. Manejan un pequeño mundo de realidades nuevas que les hacen sentirse modernas. Posiblemente ninguna de ellas se detenga a reflexionar sobre sus propias vidas. Por su parte las "emancipadas" reparan que a sus ocupaciones han agregado otras. Pensarán que mientras sus maridos siguen con las tradicionales ocupaciones ellas las tienen por partida doble. Pensarán cuánto cuesta ser amable después de una agotadora tarea. Y cuánto cuesta estar amable con el marido. Tener paciencia con los hijos... las abuelas eran más felices. Resulta muy difícil saber quién tiene la razón.

Nada es más inoperante que hacer las conocidas comparaciones entre el ayer y el hoy. La historia no regresa. La vida es una calle de una sola mano. El que pretende regresar se repite y va de contramano. Lo de ayer pasó. Dejó lo que tenía que dejar. Lo que pertenece al hoy hay que afrontarlo. El comienzo es aceptarlo. Entender que hay que vivir con la hora. No con una hora que ya sonó. Si una constante podría señalarse, corriendo menos riesgo de equivocarse, es la actitud razonadora y responsable que caracteriza a la empresa de vivir, en manos de la mujer moderna. Tiene conciencia de su participación al lado del hombre. Aprende a vivir con valentía. Tal vez lo que más la angustie es la rapidez del cambio. Y la imagen tradicional de la mujer todavía vigente, que le opone un contraste violento. La sustitución de unos valores por otros no la preocupa tanto como el acomodarse a tener que aceptar que los valores cambian y cambiarán. Y que deberá construir permanentemente para cambiar. Es como si al mundo se le moviera su inamovible piso.

La mujer de hoy ha aprendido, sobre todo, una cosa. En toda su valiente y razonada aceptación del cambio, hay cosas que no debe cambiar. Enumerarlas podría parecer vulgar. Es mejor que adivinemos una sonrisa en el rostro eterno de la esfinge.

La laboriosidad de la hormiga, el humilde gorrión, la vistosa mariposa, rebalsan la contingencia biológica, para enseñarnos que Dios hizo a Eva un poco hormiga, un poco gorrión, un poco mariposa. □

Alba de Vanni